

YUBARTA.
La leyenda de Samaná

Por María Zálvez Fernández.

El hogar de las Yubas es inmenso, tan amplio y majestuoso como ellas; y su existencia un continuo calmo y sin sobresaltos. Azul sobre azul en medio de una enormidad ilimitada. Las ballenas comparten sus días en comunidad, unas junto a otras, desde que son capaces de recordar. No hay nada más: ellas y el océano que las acoge.

Cada día, con el primer rayo de sol que logra adentrarse hasta su lecho de descanso, ascienden entre espirales de burbujas, para romper la superficie plateada del mar con su morro cubierto de verrugas. Emergen como montañas oscuras y vuelven a descender entre un estruendo de olas, lanzando cientos de perlas de agua para despedir a Bayacú, el lucero de la mañana, y saludar al nuevo día, en un ritual vespertino que marca el inicio de su jornada.

En esa existencia los días se entrelazan unos con otros, como cuentas de collar, mientras las Yubas más jóvenes esperan el inicio de su Piruá. Cada ballena, en algún momento de su seis primeros años de existencia, recibe la llamada, escucha un canto en su interior. Ese sonido es la canción de una nueva ballena que está por nacer y es la manera que tiene de avisar a su madre de que ha llegado el momento de emprender el camino. Pero la futura madre no transitará sola, siempre son seis las hermanas que escuchan a sus hijas cantándoles desde el interior, y que peregrinarán juntas siguiendo las corrientes invisibles que les indica la canción, hasta el lugar sagrado donde darán a luz a las nuevas ballenas.

Yubarta hace mucho tiempo que espera. Ciclo tras ciclo observa a sus hermanas emprender el viaje y volver acompañadas de sus hijas, que a su vez crecen para escuchar la canción de la siguiente generación y completar su propio camino. Pero ella aún no ha recorrido ningún camino.

El tiempo de las Yubas se mide en esos ciclos marcados por el número seis, y Yubarta se pregunta dónde queda ella si no es capaz de escuchar la llamada. ¿Qué sentido tiene acompañar a la comunidad día tras día en todos sus rituales, si ella no ha escuchado el sonido secreto? ¿Cuál es su lugar si ella no es capaz de escuchar el ritmo escondido que anuncia la llegada de una nueva hermana?

Ese pensamiento gira constantemente en su interior y le atormenta, así que decide consultar con Itiba, la primera ballena. Esta hermana ha realizado el viaje en multitud de ocasiones, pero hace ya tiempo que no acompaña a los grupos que nadan al oeste para dar a luz a las nuevas ballenas.

Itiba escucha mientras Yubarta comparte con ella las dudas sobre su existencia y su propósito. Permite que le hable sin interrupciones, para que deje ir todo lo que ha ensombrecido el fondo de sus ojos las últimas lunas. Cuando Yubarta termina de poner sus miedos en palabras se hace el silencio, y nadan una junto a otra durante un rato, sumida cada una en sus propios pensamientos.

La hermana mayor le cuenta entonces que existe una leyenda en lengua Eyerí, un antiguo idioma que la mayoría ya ha olvidado, que

habla de la primera Madre, la que sabía cantar, y de la que han aprendido todas las nuevas ballenas que nos llaman desde nuestro interior. Según la leyenda, ella no escuchó ninguna canción, sino que es quien se la ha enseñado a todas las ballenas que están por venir. Yubarta escucha el relato con atención, pero no encuentra respuestas en esa historia, sigue enredada en sus dudas y se plantea qué hace ella allí si no es capaz de engendrar vida.

Se suceden los días, y Yubarta sigue acompañando a sus hermanas en todos los rituales, pero enseguida que puede se retira del grupo, y pasa la jornada en compañía del azul del océano, esperando a que el crepúsculo la esconda un poco más.

Una noche de luna nueva, Yubarta aprovecha la intimidad de esa oscuridad para dar rienda suelta a su pena. Se permite llorar, y libera gruesas lágrimas azules que caen pesadas hacia el oscuro abismo que la contempla desde abajo. La vieja hermana que apenas duerme, la encuentra, la acuna y consuela, y lentamente la guía hasta la superficie, donde se asoman para observar esa noche sin luna, en la que las estrellas brillan con fuerza tomándose la revancha, a falta del foco que habitualmente les resta protagonismo.

Itiba entonces, con voz solemne, le habla de la falta de esa luna, y le explica que el astro no llora cada ciclo, cuando mengua y mengua sin remedio, porque sabe que es un proceso que tiene que pasar para volver de nuevo. Entiende el ciclo infinito, y acepta que para llenarse

primero ha de vaciarse. Yubarta contempla el vacío donde debería estar la luna, no entiende el paralelismo... ¿De qué tiene que vaciarse ella? No hay nada en su interior yermo. Observa la superficie oscura del océano sin luna, en la dirección en que su hermana se ha sumergido al acabar de hablar, y vuelve a verla a lo lejos, en el horizonte. Itiba ha nadado hasta la línea donde el mar se mezcla con la noche estrellada, y emerge de un salto, lanzando con su cola una ola que refleja las constelaciones y las esparce como si el cielo estuviese también en el agua. Su voz llega desde lejos, como un eco: “¿No lo ves?”

Yubarta mira hacia donde indica su hermana y observa un grupo de estrellas en el que no había reparado antes. Los pequeños puntos brillantes parecen dibujar la silueta de una Yuba. El perfil destellea con fuerza y se refleja en la superficie del mar, pero a diferencia de la constelación del firmamento, el reflejo tiembla y se desplaza. Parece que se mueve sobre las olas, siguiendo la corriente que avanza hacia el oeste, y desaparece en la distancia.

Esa noche no consigue descansar, pasan las horas y no es capaz de alejar de su mente la visión de reflejo en forma de constelación que nadaba hacia el oeste. En la mañana escucha a cinco de sus hermanas celebrando que han escuchado la llamada durante la noche y entonces lo tiene claro: Ella también viajará.

El grupo de tránsito se despierta al iniciar el camino y ella, aun sabiendo que no hay canción en su interior, se une a sus hermanas.

Todas la aceptan, la arropan, la acompañan. Ellas tienen claro cuál es el camino, y harán de brújula hasta el punto de nacimiento.

Se alejan de su hogar. El ritmo de nado aumenta y avanzan, unas junto a otras, con determinación. Poco a poco Yubarta se contagia de la emoción que comparte el grupo y, a pesar de sus dudas iniciales, una llama de curiosidad va prendiendo y ganando terreno en su interior. El sentimiento de vértigo al avanzar hacia lo desconocido se impone al temor de la incertidumbre. Ha salido de su zona de confort y el mero hecho de saber que ha decidido ponerse en marcha le infunde energía y esperanza, le hace vibrar y siente que puede nadar más rápido, que hay un lugar al que quiere llegar.

La Yuba que va en cabeza dirige al grupo, nada justo por debajo de la superficie, sin romper la lámina de agua, y cuando siente que va a agotar sus fuerzas, agita fuertemente su cola y de un salto deja lugar a la próxima hermana que guiará el siguiente tramo. Relevándose en los primeros puestos, avanzan rápido para llegar cuanto antes a su destino. Emergen, exhalan una gran bocanada de aire por el espiráculo, y vuelven a sumergirse con solemnidad, pero firmes en el avance. Durante todo el camino solo se escuchan sus respiraciones, las burbujas y el sonido de sus cuerpos al avanzar contra el agua.

Después de seis días, con sus seis noches, la travesía llega a su fin.

Desciende el ritmo de nado, las hermanas saben que han llegado y empiezan la danza que todas conocen, la que precede al nacimiento de las hijas que cargan en su interior.

Las cinco futuras madres se colocan verticales, y dejando ir el aire de sus pulmones, descienden varios metros para quedar suspendidas como enormes rocas ingravidas bajo la superficie. Después de varios minutos, aletean con cuidado sus colas hasta virar horizontales, sus morros se miran y forman una estrella con sus cuerpos, que gira sobre un centro invisible. Sincronizadas, voltean sobre ellas mismas y se alejan, para volver acercarse a ese punto que parece atraerlas como un imán. Avanzan hasta casi chocar sus cabezas y entonces vuelven a nadar con fuerza hacia la superficie donde, justo antes de llegar, giran de nuevo y nadan panza arriba, como si quisiesen acariciar la superficie con sus barrigas pardas, alejándose otra vez unas de otras. Cuando parece que van a perderse de vista, vuelven a virar sus cabezas, esta vez apuntando a las profundidades del océano, y caen en picado, girando sobre sus propios cuerpos.

Yubarta, aunque desde la distancia, nota todos y cada uno de los movimientos de sus hermanas, las vibraciones que sus cuerpos producen en el agua llegan hasta donde ella se encuentra observando el espectáculo. Por un momento se siente fuera de lugar, como una intrusa. “Ya hemos llegado”, piensa “pero yo no llevo a nadie dentro. ¿Qué hago aquí? No debería estar viendo esto, debería estar

participando ¿Qué es lo que pretendía emprendiendo este viaje, aún a sabiendas de que no era como ellas? ¿Ahora qué?”

Mientras sus hermanas se acercan de nuevo unas a otras, con los ojos abiertos como faros, comprende que el momento ha llegado, las madres van a conocer a sus hijas. No quiere quedarse más tiempo allí, siente que está ocupando un espacio que no le pertenece, y retira la mirada del baile de las Yubas. Al hacerlo, observa que un poco más hacia el oeste el agua cambia de tonalidad y parece volverse más clara.

Yubarta nada hacia el punto que le ha llamado la atención y en cierto momento se da cuenta de que hay un fondo, que el océano tiene un suelo de arena que nunca había visto. Por muy profundo que hubiese nadado antes, el agua nunca se había acabado, siempre había más azul, más profundo y oscuro. Pero esta vez parece que ha encontrado un límite a su mundo.

El agua en esa zona es de un brillante turquesa, la luz del sol atraviesa los metros de líquido y llega hasta el lecho de arena, reflejando un blanco desconocido. No como el blanco de las nubes de algodón que en ocasiones esconden el cielo, sino de un tono tostado que no recuerda de ningún otro lugar.

La curiosidad le hace seguir avanzando, pero cada vez el fondo arenoso está más y más cerca y el agua es más y más clara. Conforme se aclara el color del agua, una ligera sensación de opresión crece en su interior. Su alrededor se ilumina, pero el agua de que dispone para

nadar es cada vez menor, y teme golpear ese fondo claro cada vez más cercano a su cuerpo.

Por un momento piensa en dar la vuelta y volver con sus hermanas, pero desecha el pensamiento: Ellas ya han cumplido el propósito de su viaje y deben estar preparado la vuelta. Ella no puede volver atrás, quiere seguir avanzando, pero cada vez hay menos agua. Siente el conflicto, como un nudo en su estómago, apretando: por un lado, la necesidad de seguir avanzando porque no quiere volver y dejar su viaje incompleto, por el otro el miedo a lo que parece que sucederá si sigue avanzando. No sabe qué hay más allá, pero parece ver con claridad la posibilidad de quedar varada sobre esa arena que se acerca con cada aleteo. Y además está cansada, muy cansada...

Abre los ojos con un respingo. Se había quedado dormida. Nunca había dormido en ningún lugar que no fuera el profundo e inabarcable azul de las aguas de descanso de las Yubas. En ese momento se da cuenta de que ha alcanzado un punto de no retorno, y de que se encuentra reposando sobre un gran banco de arena, apenas cubierta por una delgada lámina de agua, que deja asomar varias partes de su cuerpo sobre la superficie. No puede avanzar ni retroceder, pero se siente extrañamente tranquila.

Nota la falta de la ingravidez habitual, una sensación de tracción desde la arena, como una atadura que la mantiene sobre ese lecho que se amoldaba a la forma de su cuerpo y le hace ser más

consciente del mismo, de sus dimensiones, de su volumen... y se reconoce gigante. Nunca había reflexionado sobre el lugar que ocupa. Ella ha vivido, junto a sus hermanas, en un lugar sin límites aparentes, por lo que el tamaño no es algo que hubiese considerado anteriormente.

Reflexionando sobre su propia realidad, también lo hace sobre el hecho de que aquel cuerpo que reconoce, es a la vez diferente al de sus hermanas. Desde la quietud de esa mañana, trae a su mente las imágenes de las otras Yubas, y se da cuenta de que cada una de ellas es diferente. No hay una igual. Todas poseen una forma similar, pero sus largos, sus anchos, sus curvas, sus formas difieren tanto unas de otras... Por supuesto que no las confunde, pero hasta ese momento no había reflexionado sobre qué hacía que se diferenciases unas de otras.

También se da cuenta que esos cuerpos son los que les hacían nadar de una u otra manera. Por eso las más jóvenes saltan menor altura, las de más edad nadan con más calma, las que esperaban ser madres tienen abdómenes más abultados... Esos matices son lo que les hace ocupar lugares y funciones diferentes dentro del grupo, porque cada una aporta de manera distinta a la comunidad. Y sin embargo todas son necesarias, y el grupo no podría funcionar como lo hace si no hubiese hermanas que llevasen a cabo esos roles.

Se da cuenta de cómo la diversidad suma y no resta, de cómo es necesaria la variedad para enriquecer el conjunto. De cómo no hay que temer cuando algo no es como el resto sino aprender a mirarlo y a descubrir qué es lo que va a poder aportar que hasta entonces no lo

habían aportado los demás. Esa reflexión la conduce a ella misma, y a su particularidad de ser la única hermana que no ha gestado una hija en su interior, y por ello, la única que ha nadado más allá del lugar de partos, y la única que ha conocido esos fondos de arena en los que ahora se encuentra. El camino que emprendió en su día ha sido el camino para encontrarse y reconciliarse con su diferencia, y reconocer qué es lo que ella tiene para aportar a su comunidad, a su mundo.

Parece que no puede ir a ningún otro sitio, la arena no deja que avance, pero tampoco puede retroceder. Los millones de granos pálidos han formado una envoltura suave pero firme, y cada vez está más quieta. Con cada ligera ola que rebota contra su cuerpo, más arena se acumula a su alrededor y sobre ella, y la va sepultando lentamente. Y cuanto más arena le cubre, más nota cada centímetro de su cuerpo, como si hubiesen instalado millones de pequeños sensores en toda su piel que se activasen al contacto con las partículas diminutas. No quiere pensar en nada más, y se centra en esa sensación del límite de su cuerpo. Es tan consciente de la arena que poco a poco nota todos y cada uno de los granos, los que le tocan y los que se acumulan encima de los que le tocan, cada vez su consciencia alcanza un poquito más allá y cada vez llega más lejos, hasta que en algún momento deja de sentir el límite entre ese material y ella misma. La frontera entre dentro y fuera ha desaparecido. Sabe que está ahí, pero a la vez reconoce todo lo demás que la rodea como una parte de ella misma, y así como no encuentra donde empieza ella y donde acaba su alrededor, no consigue encontrar

un final. Mira desde un ojo que ya no es su ojo y la mirada no tiene límites, alcanza todas las direcciones y se encuentra en todas ellas.

En esa reflexión ha perdido sus propios límites y ha encontrado el infinito: así como la canción de las Yubas, siempre ha estado y estará dentro de ellas porque la cantan desde el vientre de sus madres, a pesar de no poder reproducirla de adultas, y la reconocen al escucharla. La canción no tiene un origen, siempre ha estado ahí, por lo que no tendrá un final. Entiende que ha tomado la decisión correcta, que no tenía que esperar nada más para avanzar, y que ha tenido la valentía de dejar atrás su lugar anterior, a pesar de no seguir el camino que todas sus otras hermanas conocían y seguían, para elevarse al siguiente lugar, y por fin se siente en paz. Siente todo lo que ha vivido anteriormente, las partes brillantes y las partes oscuras, y que todas y cada una de ellas eran necesarias para llegar a este lugar y a este momento.

Y conforme es consciente de todo ello, es consciente de que está allí y a la vez no está, y todos los granos de arena blanca ahora son parte de ella, y ella es parte de todos ellos, y cada vez es más grande, y cada vez ocupa más lugar.

Está a punto de amanecer y recrea en su mente la ceremonia vespertina que realizaba con sus hermanas, cuando bailaban para despedir al lucero de la mañana y saludar al nuevo día. Recuerda cómo se elevaban hasta hacer emerger los morros por encima de la superficie, y siente como ella también se eleva, en sincronía con el sol que aparece

en el horizonte. Crece, asciende, y es arena, pero también palmeras, ceibas y mangles; también aves, culebras y tortugas... Está allí y también en todas partes, y entonces recuerda, pero también canta. Canta la canción que siempre ha estado en su interior, porque ahora la reconoce, ha sido madre y puede cantarla. Ha parido esa isla que también es ella misma, que había estado siempre en su interior, como la canción. Se abre y lanza la canción de las Yubas al viento. Tras la última nota por fin se duerme y descansa.

Itiba, desde su hogar, recibe la canción que ella misma reconoce, y sabe que Yubarta por fin ha comprendido. Desde ese día las Yubas seguirán recorriendo el camino que les lleva al lugar donde dan a luz a sus crías, pero ahora saben que una vez allí, su hermana convertida en isla enseñará la canción a las nuevas ballenas. Desde el corazón de la isla emergerá ese ritmo escondido, esa vibración que solo ellas escuchan, y que una vez reciben, entonan en memoria de aquella que les devolvió el sonido mágico, la canción de Yubarta.

Con el tiempo los humanos alcanzarán también la isla, al observar su forma la bautizarán como Cayo Levantado, y los que se aventuren en el jardín de Yubarta quizá sean capaces de escuchar también su canción y encontrar el ritmo escondido, el de la isla y el suyo propio, que les permita a ellos también comprender y transformarse, trascender.